alzados hicieron en toda la gente que vivía en aquel fuerte y Villa, no es decible; pues á todos los tarahumares, aun parientes suyos, y cristianos, hombres y mujeres, hasta las criaturas de pecho, mataron y quitaron la vida. Sólo se libraron una de las noches de la pelea, dos indiezuelos que andaban en compañía del P. Antonio Basilio, los cuales refirieron lo que había pasado en la santa muerte del dichoso Padre; á quien parece que tenía Dios destinado para el martirio que padecía por la salud y salvación eterna de sus prójimos; pues aunque por ser tan eminente lengua mexicana, era también oido y amado así en Tepotzotlán como en México; pero el celo santo que tenía de ir á ayudar á las almas más desamparadas y bárbaras, le llevó adonde remató su vida con tan santa muerte. Después de ella han pasado grandes revoluciones y encuentros de guerra, que han tenido los españoles con indios gentiles vecinos á los tarahumares y otros foragidos de esta nación. Pero con todo, los Padres que la doctrinaban perseveran en sus puestos, de la gente bautizada, aunque expuestos á no pocos peligros de muerte, pretendiendo con el favor divino hacer cristiana á toda esta nación Tarahumara, y después reducir también á Cristo Nuestro Señor las naciones que adelante se siguen y todavía viven en las tinieblas de su gentilidad, que son muchas.

CAPITULO XII.

ESCRÍBESE EL ESTADO EN QUE AL PRESENTE QUEDAN LAS OTRAS MISIONES ENTRE GENTES NUEVAMENTE CONVERTIDAS, QUE EN LA NUEVA ESPAÑA DOCTRINAN LOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Y DÁSE RAZÓN POR QUÉ DEJARON DE ADMINISTRAR LA MISIÓN DE PARRAS.

De otras misiones y doctrinas que entre estas naciones nuevas tienen á su cargo los hijos de la Compañía, como son las de la Sierra de Topia y San Andrés, las de Tepehuanes y Parras, con sus adyacentes, hicimos larga relación é historia en la de los Triunfos de la Fe, hasta el año de 1645. Y porque digamos algo del estado en que quedan hasta el de 1653, en que se remata esta historia, decimos que todos los pueblos de estas misiones y reducciones perseveran en grande paz (excepto los de Parras, de que después diré,) y con mucho ejemplo de cristiandad, olvidados totalmente de sus costumbres bárbaras y gentilismos. Y aunque minoradas de gente por razón de enfermedades que Nuestro Señor con su alta Providencia les ha enviado, en que parece ha querido su Majestad llevar al cielo las primicias de esta viña, que antes en su gentilidad no daba otro fruto sino agazones para el infierno; pero la gente que ahora queda vive en grande paz en sus pueblos, frecuentan sus iglesias, que tienen muy adornadas para el divino culto; preciándose de celebrar con mucha solemnidad y música las festividades cristianas; y finalmente, se ven en ellos tantas muestras de cristiandad, como en las otras muy antiguas de la Iglesia.

De propósito dije que escribiría á la postre de la misión de Parras, porque aunque no es muy próspero lo que hay que escribir de ella, pero las leyes de historia nos obligan á dar razón de lo que en ella sucedió, y para declararlo es forzoso traer á la memoria la persecución que el Ilmo. Obispo de los Angeles, D. Juan de Palafox (de que atrás queda hecha relación larga), levantó contra la Compañía y contra las doctrinas que otras Sagradas Religiones tenían. Porque ésta alcanzó no sólo á los Religiosos del Obispado de los Angeles y sus doctrinas, y con ellas también en algunas de las misiones de nuestra Compañía á los Religiosos del Seráfico Padre San Francisco, que desde sus principios redujeron á nuestra santa fe el Imperio Mexicano y las doctrinas de indios, que como sus curas y párrocos en el Obispado de los Angeles administraban, las pasó y entregó el Obispo D. Juan de Palafox á clérigos de su Obispado. Y el fruto ó daño que de esta mudanza se haya seguido en las almas de los naturales no me toca á mí el juzgarlo, sino al Señor, que llamó á Simón Pedro, Príncipe de los Pastores, y que pedirá cuenta no de los frutos temporales que rinden beneficios curados (que esos son de muy poca monta á los ojos de Dios), sino del cuidado, diligencia, doctrina y bien espiritual de la salvación de estas almas que Cristo Nuestro Señor redimió con su Sangre, y los Religiosos sacaron de su infidelidad y engendraron en Cristo por el Evangelio. Y no se puede razonablemente dudar de que el padre que engendró los hijos y los ha criado con su sudor y trabajo, y los mira con diferente afecto de padre, del que hace oficio de pedagogo, que ese título dió el Apóstol de las gentes, San Pablo, á los que doctrinaban á aquellos que él había convertido á la fe de Cristo, diciendo: *Nam si decem millia paedagogorum habeatis in Christo, sed non multos Patres: nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.* Y no queriendo detenerme en referir otras razones y títulos por los cuales bien claramente se deja entender que á los indios que los Religiosos, con sus trabajos y afanes, han sacado de las tinieblas de la gentilidad y han reducido al rebaño de Cristo, les está más á propósito el conservarse debajo de la doctrina de los que engendraron en Cristo, que el apartarse de sus Padres.

Lo dicho veremos verificado en nuestra antigua misión de Parras, porque habiéndole encargado el Ilmo. de los Angeles D. Juan de Palafox al Obispo de Guadiana que en las doctrinas que el Religioso tuviese en su Obispado, ejercitase lo mismo que se había hecho en el Obispado de los Angeles; tomando este consejo el Prelado de Guadiana, puso clérigos en las doctrinas que tenían los Padres de San Francisco en la Nueva Vizcaya (causa sobre que hasta hoy se está pleiteando en el Consejo Real de las Indias). No paró esta persecución en las doctrinas antiguas que los Padres Franciscanos tenían, sino que también alcanzó á nuestras misiones que entre gente más nueva en la fe tenía la Compañía; porque de hecho el señor Obispo de Guadiana puso clérigos en algunas de ellas, y de estas fué la de las Parras, la cual nuestros Religiosos habían fundado desde sus principios, reduciendo de varias rancherías en que estos indios en su gentilidad vivían, y formando la cristiandad de que en el libro XI de los «Triunfos de la Fe» escribimos. Pero aunque aquí puso cura clérigo secular, con todo, la Compañía no ha desamparado estos puestos ni á los hijos que (como dijimos) engendró en Cristo, porque de caridad, y sin tener obli-

gación de cura, los asisten. Pero el daño que á esta pobre gente con esta mudanza se les ha seguido, se conocerá por carta que me ha parecido poner aquí, de Religioso nuestro, digno de todo crédito, que asiste en este puesto, la cual escribió el año de 1653 á nuestro Padre Provincial á México; y hablando del estado de esta misión, hace la relación que se sigue:

«Parece que Nuestro Señor ha abierto algunas puertas para que en este pueblo y partido haya hecho la Compañía mucho fruto este año, y con grande consuelo de las almas, á quienes sus mismos pastores (con el celo que ellos se saben) les impedían el recurso á la Compañía, de que se ha seguido pérdida de sus ovejas y condenación eterna de muchas. Pero ya con la mudanza que la especial Providencia de Dios ha causado, se ha seguido no poco consuelo espiritual en las almas; porque en la peste que corrió el año pasado muy brava entre los indios, acudió la Compañía no sólo al socorro corporal de los enfermos, sino principalmente al de sus almas con mucha puntualidad y presteza, sin reparar en temporales ni en horas ni tiempos, que de ordinario eran desacomodadas, por venirnos á llamar á excusas de sus casas. Una vez me vinieron á llamar para que fuese á confesar á un indio apestado, cuya casa estaba lejos y ciénegas y lagunachos en medio; hube de ir á pie, porque la necesidad del enfermo no daba lugar á esperar cabalgadura. Entrando en la casa la hallé apretada de gente; indios vecinos del pueblo todos llorosos, no tanto por la enfermedad del doliente, ni por verlo morir miserablemente, cuanto por su muerte sin Sacramentos; supe que el no haberme llamado antes había sido por temor de cierto Sacerdote, al cual, habiéndolo llamado algunas veces no había ido, no sé si por olvido, ó por no poder, ó por otra causa. En fin, los pobres parientes del enfermo, aunque pusilánimes, rompiendo por temores humanos, acudieron á esta casa de sus antiguos Padres. Fuí, pues, confesélo luego, y acabada la confesión le puse un Cristo en las manos, y abrazándolo con cordial afecto pasó de esta vida, dejando prendas de su salvación á todos y mucho consuelo á los que primero lloraban desconsolados. Otros casos parecidos á éste pudiera contar, y por brevedad los dejo.

«Esta Cuaresma ha sido considerable el trabajo que esta casa ha puesto en el cultivo espiritual de todo género de gente: los domingos en la tarde se dedicaron para los indios, para cuya junta usamos de varios medios, mayormente con los bárbaros recién convertidos, que como á más necesitados les doblamos las diligencias. A las tres de la tarde comenzaba la Doctrina Cristiana, oraciones y preguntas de Catecismo en su lengua de ellos, á voz en cuello, y muy de propósito, guiándoles con el grito uno de los nuestros. Tras de esto se siguió la explicación de alguna de las oraciones, dándoles muy en particular luz de lo que deben creer, orar, obrar y recibir; acabado esto empezaba el sermón desde el púlpito, y á voto de los de afuera, fueron de mucho provecho y muy presentáneos aquestos sermones en la lengua de los indios; todo remataba con una letanía cantada á la Virgen Nuestra Señora. Otro día en la semana á los negros, que fué el sábado en la tarde, con rezo de oraciones, algún Catecismo y explicación de Doctrina y una plática de media hora; acción á que concurrió la piedad de los amos de los negros, alzándoles las tareas á medio día los sábados, y trocando por el bien espiritual de sus esclavos el propio interés temporal. Otro día fué dedicado á los niños, hijos de españoles, que se ejercitaron en mucha devoción, tomaron con muchas veras las preguntas y respuestas del Catecismo, el cual, acabado, se les contaba un ejemplo con doctrina que de él se sacaba, acomodada á la capacidad de los oyentes; las fiestas todas que cayeron dentro de la Cuaresma hubo en esta nuestra Iglesia sermones á los españoles y tres en la Semana Santa. La frecuencia de los confesonarios en la Cuaresma fué mucha en esta nuestra Iglesia.

«Los indios laguneros tampoco han quedado destituidos de nuestro socorro espiritual, porque aunque andan ya perdidos y derramados por sus querencias gentílicas, de donde la Compañía los había sacado y reducido á pueblos á los principios de su conversión; los cuales ya han despoblado después de la remoción de doctrinas y entrada de los clérigos en ellas, y como venados y bestias fieras andan por los montes. Digo, pues, que con todo, ha procurado la Compañía llamar esta Cuaresma á los que ha podido, convidándolos con la confesión y memoria de Jesús; obligándoles á que mejoren la vida y costumbres; dejando algunas idolatrías, que con el desamparo de curas, el demonio les ha introducido. Algunos han acudido á confesar, con grande afecto y memoria de los bienes espirituales que gozaban durante la permanencia de la Compañía. De los más principales, cuando algunos aportan por aquí, nos vienen á dar quejas y derramar lágrimas con nosotros, diciendo: «¿Hasta cuándo han de durar nuestros trabajos? ¿en qué pecamos, que así se nos quitan á nuestros Padres de la Compañía, que son nuestros verdaderos padres? ¿Es posible que tan grande castigo nos envíe Dios?» Otros nos suelen decir: «Ya se acabó la fe, ya se acabó la Iglesia, ya no somos cristianos, pues vivimos como infieles; nuestros pueblos ya están cubiertos de yerbas y matorrales tan espesos, que á duras penas hay rastro de que jamás hubo allí pueblos. ¿Pues qué tales estarán nuestros corazones sin Misa, sin Sacramentos, sin doctrina, sin quien nos enseñe? Peores estarán que los espinales y bosques, pues andamos viviendo en los lugares en que el demonio nos solía engañar cuando éramos gentiles.» Otras muchas lástimas nos dicen aquí estos miserables cuando por acá aportan: un día, no há muchos meses, vino á nosotros uno de los pobres laguneros, y con lágrimas que derramaba en mucha abundancia, me dijo: «Venía con mucho dolor, porque habiendo venido á buscar Sacerdote que confesase á cinco enfermos que tenía apestados en su rancho, 15 ó 16 leguas de aquí, al pie de una Sierra junto á unos charquitos de que bebían, no hallaba quien fuese. El clérigo (dijo) que el Obispo señaló, está ausente. Oido lo cual, me determiné ir á ver estos enfermos, llevando ornamento para decir Misa. Fuí con mucha brevedad, saliendo ya noche de este pueblo, y llegando al puesto por los de esta nación y otras, el Jueves Santo en la noche, del año pasado de 1652; en este mismo puesto confesóse á los enfermos, los cuales me dijeron que desde que la Compañía los había dejado, no habían tenido comodidad de confesarse. Agradecieron mucho mi trabajo, y aquel día hice juntar los más que pude por aquellas Sierras derramados y por aquellas barrancas; díjeles Misa el día siguiente en el Altar portátil, y luego les enseñé la doctrina; y finalmente, les prediqué exhortándolos á permanecer en la fe santa de Cristo Nuestro Señor, que en el bautismo habían profesado; conque me volví cuando los enfermos es-

taban sucramentados y confesados. He contado el caso, para que se vea el estado de las cosas que pasan por acá: los indios de San Lorenzo, pueblo perteneciente á San Pablo, se alzaron luego que hubo mudanza en las doctrinas y los dejamos; se alzaron del pueblo y hasta hoy no cesan de causar inquietudes que cada día nos sobresaltan; un recado me dieron de parte de estos alzados diciendo: que volviese la Compañía á las doctrinas de Río de Nazas y lagunas, y que luego bajarían ellos de paz, y que si no, hasta que mueran han de permanecer en su mala vida.»

Hasta aquí la carta del Padre Sacerdote de nuestra Compañía que asiste en este puesto de la misión de Parras, ayudando en lo que puede á estos miserables indios; aunque no ya como curas de ellos, sino como de hijos que engendraron en Cristo los de la Compañía.

EPÍLOGO DE ESTA HISTORIA

POR lo que queda referido en esta Historia, se manifiesta bien claramente cuánto se ha dignado la Divina bondad de favorecer esta Provincia de su mínima Compañía de Jesús, fundada y plantada por el mismo Señor en la Nueva España; dilatada con las ramas de sus colegios por varias ciudades y lugares de este extendidísimo Reino, floreciendo en todas ellas por la divina misericordia la observancia de vida religiosa que la Compañía profesa, empleados sus hijos en encaminar almas al cielo, en introducir santas y devotas costumbres, desterrar vicios en ciudades y repúblicas, ayudar á los fieles en sus necesidades espirituales y temporales, sustentar la fe y aumentarla en gentes nuevamente convertidas, y predicarla, y establecerla en otras que van aprovechando á la Santa Iglesia y rebaño de Cristo, y todas estas han sido obras en que claramente se ha echado de ver lo mucho que Dios Nuestro Señor ha favorecido á esta su Provincia.

Y porque juntemos el principio de esta Historia, con el fin de ella, no se puede negar que los medios que la Divina Providencia tomó (de que hablamos en el primer libro) para encaminar la Compañía á éste que fué el primer Reino que se descubrió en el Nuevo Mundo de las Indias Occidentales, pronosticaron y fueron anuncio de los grandes frutos que de la venida de esta religión, y fundaciones de sus casas y Colegios, y gloriosas misiones, se habían de coger en la Nueva España. Porque aquí, quién con razón podrá negar leyendo esta Historia, que los maestros en sus Colegios (cuyas fundaciones quedan en ella escritas) han plantado en todas esas juventudes, así la virtud como las letras; haciendo esos mismos maestros oficio de ángeles custodios que los han guardado de los peligros que ordinariamente amenazan riesgo á esa tierna edad, y encaminando desde sus primeros años esas juventudes al cielo? ¿Quién no verá que tanto número de Predicadores, Confesores, Operarios y Ministros fieles de Cristo, como los que en estos ochenta años de que habla esta Historia, han trabajado en la viña del Señor, han introducido y hecho amable á los fieles el uso